

ADELANTE



DIRECCION Y ADMINISTRACION:
BALDERAS, 37
Director: MANUEL ALBAR
Administrador: Victor SALAZAR

Año I. - Núm. 6

México, D. F., 10 de Mayo de 1942

Precio: 15 ctvs.

No queremos una paz precaria, sino una paz fecunda; una paz que nos asegure el camino del Socialismo

HISTORIA SOCIALISTA

HECHOS Y PALABRAS DE NUESTRO PARTIDO

En el año 1921, inmediatamente después de producirse la escisión en el nuestro Partido, tomó posesión la recién elegida Comisión Ejecutiva. Su primer acto fué publicar el magnífico documento que reproducimos a continuación. Nada más útil que la lectura de estas páginas viejas en las cuales se refleja la Historia de nuestro Partido.

[Milites] En este momento crítico para nuestro Partido, en que se separan de él compañeros de lucha, acudimos ante vosotros, seguros de hallar asentimiento a nuestra conducta y acatamiento a la resolución de nuestro Congreso.

Los delegados que, llegada la votación de las Internacionales, quedaron en minoría, en vez de someterse a seguir colaborando en sus ideas y esfuerzos personal en el seno del Partido, rompen todo lazo con éste y se abandonan, a pesar de que la resolución adoptada es de tal naturaleza, que a nadie excluye sino a aquellos que no acepten las ideas por las cuales hemos venido luchando y que constituyen las esencias socialistas.

Muy otra hubiera sido la situación del Partido si éste hubiese adoptado las 21 condiciones de Moscú, pues en virtud de tal acuerdo habrían quedado automáticamente excluidos quienes no las votasen. En la resolución adoptada, la minoría tiene libertad completa para seguir defendiendo sus ideas teóricas y tácticas, y la disciplina a que se la obliga no supone violencia alguna para la conciencia; mas, en cambio, si el Congreso hubiese votado las tesis y condiciones que deseó, sometidos los discrepantes "a una disciplina férrea y militar", hubiesen quedado esclavizados, mudos, convertidos en masa muerta, y, sin embargo, prestando asentimiento a obligaciones que estimaban imposible contraer. Imposibles de contraer tales obligaciones, porque devían al proletariado de la lucha real, revolucionaria, de todos los días, proponiéndole temas de emancipación absoluta, tanto más evanescentes cuanto que cultivan el viejo y simplista mito burgués que promete la redención definitiva por virtud de un acto confesional, porque confía, en la que en la acción constante de la masa, en la eficacia de las promesas de los caudillos.

No puede estar justificada la actitud de los que se apartan porque hayan sido dirigidas palabras de mayor o menor crudeza en el calor polémico de la discusión habida en el Congreso, cuando ya estaban en esta dirección; el motivo es sobradamente claro para que pueda ni aún influir en resolución tan grave; si razones de ese género fuesen bastantes a justificar actitudes tales, hace tiempo que las violencias de lenguaje empleadas una y otra vez por quienes de ataques verbales se duelen, hoy habrían dado lugar a escisiones en el Partido.

Tenemos la esperanza de que nuestros camaradas reconocieran su error y que ayudarán a ello las Agrupaciones, demostrando que la actitud adoptada por estos compañeros daña profundamente los intereses de nuestro proletariado; que cada uno de ellos está más necesitado de un Partido fuerte que lo orgánico, redoblando esfuerzos y le haga conocer los ideales en que se debe inspirar su conducta socialista. Dividirlo no es favorecer esta exigencia, sino dificultar la realización de los deseos del movimiento obrero.

Nosotros estamos conformes con las condiciones que impone la Tercera Internacional de Moscú; pero afirmamos hoy, como lo hicimos desde el primer día de la Revolución rusa, que estamos, sí, identificados plenamente con aquella Revolución; con ella principiaba la era del desmoronamiento capitalista y la de las realizaciones socialistas; por ella, por su esfuerzo, gracias a su sacrificio, los demás pueblos recogerán beneficios que se han de traducir en una renovación de sus instituciones sociales; con la Revolución rusa estamos y a nuestro Partido le decimos, como siempre, que nos consideramos obligados a su defensa. Pero la Historia dirá si no hay un principio de revolución que disculpe en la noble impaciencia del Partido que hoy está al frente de la Revolución rusa—al deformar la espontaneidad del movimiento sentimental de adhesión de todos los proletarios, presentándoles como signo externo de adhesión a aquel movimiento el acatamiento de una teoría y táctica concretas, que, presentadas por las tesis y condiciones, pueden ser incluso un obstáculo para el ejercicio de la obligada solidaridad con dicho movimiento.

La situación, pues, creada a los Partidos Socialistas a causa de dichas tesis y condiciones no puede ni debe entorpecer la acción socialista internacional, y a la iniciativa de algunos Partidos de Europa se debe la acción concertada para superar las dificultades actuales; tal es el significado de la "Unión de los Partidos Socialistas para la acción internacional" concertada en Viena y a la que se ha adherido nuestro Partido; en ella figuran, entre otros, el Socialista Independiente alemán, el Independiente del Trabajo inglés, el Socialista austriaco, suizo, francés, checoslovaco, norteamericano, argentino y el Demócrata Socialista ruso.

La razón histórica de esta unión cada día habrá de ser vista con más claridad: son los Partidos que, absolutamente identificados con la significación que ante la Historia tiene la Revolución rusa, moralmente unidos a ella, encuentran en su marcha hacia Rusia un obstáculo insuperable: las 21 condiciones.

Hoy, como siempre, nuestro Partido marchará de acuerdo con la Unión General de Trabajadores, con la cual ha vivido en todos los instantes de su vida consubstancializado; hoy, como siempre, nuestro Partido recaba para sí el carácter de revolucionario y afirma que comprende la revolución identificada con la lucha de clases, todas cuyas múltiples modalidades han de ser cuidadosa y abnegadamente atendidas; lucha que adquiere hoy, sin duda alguna, caracteres agudos; lucha para la cual recaba la responsabilidad de cada hora, pero sin abrir un abismo entre las promesas de emancipación y las posibilidades inmediatas, porque ello equivaldría a estimular la pereza, ahogando la conciencia de la necesidad de un esfuerzo constante y avivando, en cambio, la fe ingenua y milagrera que tan hondas y perniciosas raíces tiene en nuestra tradición nacional.

[Trabajadores españoles] Hombres de fe en la necesidad de una justicia social que el capitalismo desconoce e imposibilita! ¡Milites del Socialismo que os acogisteis a esta bandera de ideal y de lucha! Tenemos absoluta confianza en que hemos de poner todos en la defensa de nuestros principios y de nuestra organización el esfuerzo de que somos capaces en que, agrupados estrechamente en torno al Partido Socialista, y con mayor entusiasmo aún que antes, si es posible, redoblabamos nuestra actividad, a fin de que nuestra acción sea cada vez más fuerte y el proletariado más consciente de la misión que ha de desempeñar en la Historia.

¡Viva el Partido Socialista Obrero Español!
¡Viva la Internacional!
¡Viva la Revolución rusa!

Madrid, 15 de abril de 1921.—Pablo Iglesias, presidente; Julián Besteiro, vicepresidente; Andrés Sabarrit, secretario; Francisco Núñez Tomás, vicesecretario; Fermín Blázquez, secretario de actos; Francisco Largo Caballero, Indalecio Prieto, Fernando de los Ríos, Lucio Martínez Gil, Toribio Pascual, Antonio Fernández Quer, vocales.

Hoy hablará INDALECIO PRIETO

Hoy, a las seis y media de la tarde, en el Centro Español, Balderas, 37, y en conmemoración del 10 de Mayo, se celebrará un acto en el que Indalecio Prieto, único orador, disertará sobre el tema "Confesiones y Rectificaciones".

El discurso de Prieto podrá oírse en toda la República, pues lo radiará en onda corta la X.E.O.Y-Radio MIL.

Partido Socialista Obrero Español • Unión General de Trabajadores de España

1.º DE MAYO

1942

La hoja del almanaque—cartero puntual del tiempo—señala en rojo un nuevo Primero de Mayo. Ha pasado, pues, un año más. Durante él, la hoguera de la guerra ha extendido sus fronteras y ha prendido en brotes inesperados con ganancia—forzoso es confesarlo—para los países que han hecho de la guerra su ley. Asia está en llamas. América, el continente en donde la paz—la paz viva de la democracia, no la paz del totalitarismo que convierte en cementerios los solares de las escuelas—había buscado refugio, está ya también engrasando sus armas de defensa. Las pobres ilusiones de quienes pensaban que la guerra, por distante, no exigía precauciones urgentes, se vinieron abajo después de la agresión sin previo aviso a las bases navales de Pearl Harbor y las posesiones inglesas y americanas del Oriente. La guerra ha dejado de ser para el continente americano un peligro remoto. Ya no hay barreras ultramarinas. Quien se refugie en ellas, imaginando que de ese modo garantiza su independencia, lleva camino de perecer sin honra ni provecho. No es la suerte de un país, de un imperio o de un continente la que se juega, sino la del mundo. De manera que a nadie, hombres o pueblos, le está permitida la inhibición en una querrela que es, como se lo propusieron sus generadores, total y definitiva. Se está por la libertad o contra ella; por la barbarie o en su contra. Pero se está fatalmente en una de las dos trincheras, sin que entre ellas que terreno neutral para que en él hagan ejercicios de pacifismo inocuo los que quisieran escamotear con un juego de manos, brindado a las dos partes, el dilema dramático. Porque la Democracia también ha huido—¡ardientemente, si acaso—la sentencia cristiana: quien no está conmigo, está contra mí.

Si anduviéramos necesitados de fijar una posición clarísimamente señalada—y rubricada con sangre propia, además—desde antes de que las Democracias europeas salieran de su siesta para aceptar el desafío—ya irrecusable, por insistente—de un enemigo que escribía garrotos respondiendo a razones, podríamos limitarnos a reproducir lo que hace un año decíamos. Nada tenemos que agregar ni quitar a la opinión que entonces expusimos. Al lado de la Democracia, sin reservas, estábamos. A su lado, sin reservas, estamos. Ni siquiera el desdén con que lo hace rebotar y volver a nosotros, dolorido, el ambiente que se respira en ciertas cancillerías y embajadas, puede variar nuestro criterio, que es la expresión de una conciencia política, de ningún modo mensaje servil a gobiernos y pueblos que, valiendo mucho, no valen, sin embargo, más que nosotros. Acaso nos aventajen en fortuna; en nobleza, no. Pero la desgracia no implica en ningún caso—por lo menos, en el nuestro—la necesidad de congraciarse con la humillación. Hasta ese punto no llega ni llegará nuestra humildad, que soporta fácilmente todas las pruebas excepto una: la del orgullo herido injustamente. Y la España republicana, de la cual, por desgracia, nos quedamos fuera, suyo por todos los ámbitos del mundo recibiendo agravios, tal vez, pero cierta de que nadie, nadie ha dado lección superior a la suya en la defensa de la Democracia. Dicho lo cual podemos ratificar, sin alterar punto ni coma, lo que afirmábamos en 10 de mayo del año pasado. Señálese puesto en el que pueda ser útil y allí estará, haciendo su guardia, un socialista español. Sabemos pagar en buena moneda el beneficio que recibimos. Y en fin de cuentas, en América podemos serlo todo menos forasteros. Un día, cuando gobernáramos en España, las Cortes Constituyentes de 1931 acordaron la nacionalidad española para todos los ciudadanos nacidos en países americanos de habla castellana. Nunca se ha dado un ejemplo superior de fraternidad internacional. A él nos acogemos por derecho propio; no para pedir, sino para dar lo que está a nuestro alcance ofrecer. ¡Ciudadanos de América! Si en tiempo de paz, cuando teníamos una patria, elegimos libremente ese título, no hemos de renunciar a él en tiempo de guerra y cuando América ha venido a ser nuestro hogar. Ciudadanos de Amé-

rica, ayer: soldados de América, hoy. Y ayer y hoy, voluntarios de la libertad, que es la única bandera bajo la cual podemos alistarnos. La bandera de América, que habla de libertades es, por consecuencia, la nuestra.

El silencio de Europa, asfixiado bajo la planta nazi, como empieza a estarlo Asia por el dogal japonés, es un silencio trágico, pero lleno, a la vez, de promesas. Alienta en él una protesta sorda que un día se alzará incontestable, contra la barbarie del agresor. ¿Puede nadie pensar que el espíritu de las masas obreras sometidas a esclavitud haya muerto? ¿Que el patriotismo de los pueblos vencidos se ha extinguido? ¿Que los viejos principios en los cuales descansaba la civilización occidental han hecho quiebra definitiva? De ningún modo. A esta misma hora, mientras nosotros redactamos este manifiesto, millones de hombres—fugitivos, prisioneros o encarnecidos—sueñan en las tierras abrasadas de Europa, África y Asia, nuestro mismo sueño. Con preferencia, nuestro recuerdo vuela hasta las cárceles españolas, almas de carne dolientes, sobre las cuales traza cada noche la venganza su signo implacable. Los mejores militantes del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores padecen en ellas, dando lección admirable de entereza. Es seguro que nuestros pensamientos se cruzan con los suyos en día como hoy. De los pechos cautivos brotará, ahogado y trémulo, el canto de las antiguas—y verdaderas—jornadas victoriosas: "Arriba los pobres del mundo; en pie los esclavos sin pan..." Canto de pena y esperanza. ¡Arriba, corazones dormidos! ¡En pie, misioneros de la fe socialista! La llamada viene de quien tiene derecho a dictarla. Porque ahora es más verdad que nunca aquello de que el proletariado—y no sólo él—tiene un mundo que ganar a cambio de unas cadenas que perder.

Para alcanzar ese mundo de justicia social pelean hoy unos pueblos con otros y corre la sangre de millones de hombres en los campos de batalla. ¡Han entendiado ese pacto mudo los hombres que dirigen la guerra contra la furia totalitaria? He aquí la pregunta cuya respuesta nos interesa más que ninguna. No se hable de intereses en pugna, porque entonces sólo los interesados deben defenderlos. Háblese de sistemas de vida en choque irreconciliable. Con la libertad contra ella. Pero la libertad que esperamos no es aquella falsificación de la libertad que se nos dió como premio en 1918. Libertad de laureles marchitos, buena solamente para adornar con ellos la tumba del soldado desconocido. El soldado desconocido pide hoy algo más que laureles resecos y amarillentos. Fide libertas fundada no en promesas incumplidas, sino en hechos realizados; paz, no para su muerte heroica y sin provecho, sino para su vida sencilla y laboriosa. Un sistema social que no ha sabido asegurar la paz ni prepararse para la guerra; que ha visto impasible cómo el fuerte pragonaba la ley de la violencia, sin extender la mano en defensa del agredido débil; que convirtió el organismo de Derecho Internacional en una mascarada que montó su escenario, para mayor burla, en el austero ambiente de Ginebra; que dejó perecer entre ruinas y sangre a las repúblicas de Austria, de Checoslovaquia y de España; un sistema como ese, decimos, no puede alzarse con la victoria ni alegar títulos para administrarla. Será otro, hijo de la buena voluntad y del sentimiento de la justicia, traducido en radicales innovaciones; a no ser que se prefiera que el término de la guerra entre naciones señale el comienzo de una guerra de clases que implicaría, cuando menos, el total acabamiento económico de Europa. Voces más autorizadas que la nuestra, algunas subrayadas por la responsabilidad que les cabe en la dirección de la contienda, se adelantan ya a proclamar la necesidad vital de ensayar formas superiores de organización social. Citemos una, por todos conceptos significativa: la del Laborismo británico, cuya vigorosa resolución contrasta con la caduca mentalidad que acusan todavía ciertos sectores conservadores de Inglaterra. En la intervención cada día creciente que el Laborismo va teniendo en el Gobierno de la Gran Bretaña, advertimos un anticipo del papel que mañana jugará la clase obrera del mundo en la construcción de la paz.

Tales son nuestras meditaciones de Primero de Mayo. Meditaciones sombrías y, sin embargo, llenas de aliento, porque nuestra fe en la victoria no se debilita ante los reveses, compensados en buena parte por la magnífica pelea del pueblo ruso. Seguimos creyendo en ella tan firmemente como hace un año. Y, como hace un año, la reconquista de la España republicana, crucificada dentro y desdenada fuera, continúa orientando nuestros afanes. ¡También nuestra noche, camaradas socialistas, militantes de la U. G. T., tendrá su aurora!

México, 10. de mayo de 1942.—Partido Socialista Obrero Español, COMISION EJECUTIVA—Unión General de Trabajadores, COMISION PERMANENTE DE VOCALES DEL COMITE NACIONAL.

FINTA POLEMICA

VARIACIONES SOBRE EL MARXISMO

Mi artículo sobre Marx, publicado en ADELANTE el 15 de marzo, ha topado con un contradictor regañón a quien, inocentemente, le he procurado el placer de darle cuchilladas a su holgura, previa condena, "pro tribunal" de mi herejía. Cortes, que no excluye valentía—aunque yo no la pongo frente a enemigo de tal monta—quiere, antes de nada, que mi contradictor no atribuya a desestimación la tardanza de mi respuesta. Hay mal correo entre nosotros y su admonición magistral me ha llegado tarde, eso es todo. Por lo demás, ni he buscado el combate ni lo rehuyo. Callara tal vez si mi contradictor, resuelto a servir plato de gusto a sus lectores, no sazonnara su buena prosa—gracias por el reconocimiento de la mía—con malintencionada pimienta. Merced a ella vengo yo a descubrir mi verdadera e ignorada genealogía intelectual, tronco florido, más que frondoso, que tenía por verbo a Melquíades Álvarez. Algo aprendo en verdad, de mi contradictor. Y esa no es la más leve ni la más sorprendente de las lecciones que me esperan.

Suscibir integradamente la teoría del valor y de la plusvalía explicada por Marx; aceptar que la Historia está regida fundamentalmente, no exclusivamente—y éste es uno de los pecados que me entregan al fuego expiatorio—por determinaciones económicas; convenir que el proceso del régimen capitalista es un proceso dramático de lucha de clases entre poseedores y desposeídos; otorgar que la clase obrera, organizada en sindicatos y partidos políticos propios, debe adueñarse del poder, hacer la revolución e implantar una sociedad socialista, sin clases, no es, ciertamente, presentar a Marx "como una nuez vacía". Eso, por lo menos, no. Pero mi contradictor así lo establece sin apelar a nada. Tan sólo marxismo quiere situarme mispositor, que me recuerda no ya el carácter científico del marxismo, sino sus conclusiones, "esas conclusiones de las que nuestro articulista, como todos los burgueses de la tierra, por avanzados que se crean, apartan asustados la cabeza". No sé si en estas palabras debo advertir una delicada alusión a las haciendas que me dejó en España y a los que aquí, en el destierro, me procuran vida placentera y sosegada. Tal vez no. Pero vengamos al diálogo.

Mi aristarco reproduce de mi artículo un párrafo, éste: "Cuando Marx, por ejemplo, reputa inevitable el asalto al poder llevado a cabo violentamente por la clase obrera, ¿previene el formidable alcance coactivo del Estado actual, gracias a la técnica de los armamentos?" Y saca sus consecuencias. Las suyas, no las mías, para lo cual hace abstracción de otras palabras que siguen casi inmediatamente a las anteriormente transcritas. Semejante omisión me pone en el trance de ser yo quien las reimprima. Son éstas: "Tampoco el capitalismo se ha movido en todos los casos tan inadaptado a una línea de evolución como Marx suponía, claro es que sin que ello destruya la creencia de Marx—y nuestra—de que sería inocente hacerse de la ilusión de que un día, por generoso convencimiento, el capitalismo internacional, ni el nacional tampoco, accederá a perder su situación de dominio". Mi contradictor ha preferido saltar sobre ellas y leer entre líneas, dice él—la expresión verdadera sería otra—para deducir que yo espero el socialismo por milagro de la papeleta electoral. No: no lo espero de la papeleta electoral—personalmente siempre he sentido muy escasa devoción por el parlamentarismo—pero me no escapa tan desdeñable como algunos marxistas arriscados—esos sobre los cuales, que no sobre Marx, hacia yo ironías—nos han dicho en más de una ocasión. Sé muy bien que si voy con la papeleta, a modo de mandamiento judicial de desahucio, y le pido al capitalismo que me entregue sus bienes, el capitalismo me romperá la papeleta y la cabeza. Pero eso no impide que el concepto de la conquista violenta del poder, enfrentado hoy a una realidad muy distinta de la que conoció Marx cuando escribió el Manifiesto Comunista, necesite muchas aclaraciones, si no para enmendarlo o darle por finiquito, sí para reintegrarlo a su verdadera casilla. Mi oponente arguye con el hundimiento del Estado ruso, el austro-húngaro y del alemán al término de la guerra pasada, Estados, añado yo—y la observación es conveniente—militarizados, dos de ellos semiferales y los tres vencidos por las armas. En ese fenómeno se cumple con absoluta precisión la tesis marxista de las etapas. Pero mi oponente arguye con otro fenómeno más aleccionador todavía, como es el hecho de que hayan fracasado en Europa todos los intentos de revolución socialista menos uno: el de Rusia, que ni cultural ni espiritualmente se identificó nunca plenamente con la vida occidental. Ya dije mi opinión, que ratifico ahora, sobre el triunfo de los bolcheviques en Rusia, derrotada por la guerra, no había Estado. Precisamente la revolución rusa es una de las sorpresas que Marx—menos marxista que algunos de sus discípulos—hubiera examinado con profunda atención. Si yo estuviera tan allá del marxismo como mi opositor afirma, me detendría en este punto para tratar de probar que la revolución rusa, lejos de confundirse con las predicciones marxistas, las rectificó sustancialmente. No lo hago porque pienso que el episodio histórico ruso no altera en nada las leyes fundamentales del marxismo. Pero Marx, repito, no hubiera dejado de parar mientes en él. No es cosa baladí, después de todo, que el primer ensayo socialista se produjera no en el país más industrializado—Marx suponía que sería Inglaterra—sino en el más atrasado, industrial y culturalmente, de Europa. El mismo Lenin, pretendiendo explicar la contradicción, hacía equilibrios dialécticos, frecuentes en él, para cargar la responsabilidad sobre los dirigentes de la II Internacional que no supieron derribar antes o a la vez que Rusia el régimen capitalista en los grandes países europeos. La explicación tiene mucho de sectaria, pero encaja bien en la mentalidad de Lenin, en quien siempre me ha parecido ver una reencarnación marxista de Calvino. La revolución rusa—decía Lenin—tal vez ha sido un salto prematuro exigido por circunstancias especiales. Y a continuación arremetía contra los caudillos de la social-democracia causantes del retraso en los otros países. Ya es curioso que se pueda sentenciar así, tan tajantemente, que lo que en Rusia era anticipo, fuera retardado en los grandes países europeos. Pero más curioso es aún que el retardado se debiera no a causas sociales merecedoras de estudio muy sereno, sino al hecho simple—simple en buena filosofía marxista—de que unos cuantos hombres fueran traidores a la causa del proletariado sin dejar, por eso, de ser sus dirigentes. De aceptar—yo no lo acepto—semejante criterio, la inviolabilidad del materialismo histórico sufriría bastante más quebranto que el que mi contradictor descubre en mi artículo. Un puñado de hombres corrompidos bastaba a detener el proceso revolucionario de la Historia? La verdad—y por la verdad llegaremos al entendimiento—era otra. Los bolcheviques habían dado un salto—audaz, maravilloso, si se quiere—y pretendían que todo el mundo saltara a su compás. En parte, por la embriaguez, bien justificada, del triunfo; en parte, por la necesidad de proteger desde el exterior la existencia del nuevo Estado ruso. De esos dos factores—hipótesis del triunfo; necesidad de garantizarlo desde el exterior—nacieron engendro monstruosos que ha sido la política de la III Internacional, realizada en nombre de Marx y para restablecer la pureza del marxismo—mi contradictor parece estar muy cerca de este dictamen—

(Pasa a la pag. 2.)

TIEMPOS PASADOS



PRIMERO DE MAYO DE 1931.—Despliegue de Organizaciones Juveniles que figuraron en la manifestación de homenaje a Pablo Iglesias, a las puertas del Cementerio Civil de Madrid.

EN ESPAÑA

IDILIOS EN LA LUNA

Con el magnífico desparpajo que procuran, de una parte, la irresponsabilidad, y de otra, la ignorancia, el botarate Serrano...

Luego censura el botarate a los países americanos, incomprensiblemente situados frente al eje totalitario. Libertado de retórica cursi, su argumento viene a ser éste: si las simpatías de España están vinculadas al triunfo de Alemania, Italia y el Japón...

VIA CRUCIS

RIESGO Y DOLOR DEL EMIGRADO POLITICO

Una infamia—moral, política y jurídica—ha sido consumada en dominios franceses. Cipriano Mera, uno de los defensores más entusiastas de la República española, ha sido entregado a la policía de Falange y llevado a España. El Gobierno de Vichy, escudándose en los últimos jirones de pudor que le quedan...



UNAMUNO, EN EL INDICE

Monseñor Plá y Daniel, primado de España, ha ordenado que se ponga en el índice un título nuevo: "El sentimiento trágico de la vida", de Miguel de Unamuno. Es natural que así sea, y el arzobispo de Toledo no hace el menor caso de lo que le dicen...

El acuerdo del celoso primado tiene una virtud: la de reintegrar a Unamuno a su verdadero lugar. El cansancio, que es el infierno, y no el litigio, donde no le querían tener a la fuerza. Allí, en el infierno, Dios mediante, nos encontraremos. Perdonémosle a don Miguel su flaqueza, la más grave, pero ya fue de su vida y, por añadidura, fue de su muerte. ¿Cómo podía Unamuno estar con ellos? Aquello de Salamanca fue un vahido, producto de la debilidad que a veces acometía a don Miguel. Ese Unamuno, el de los vahidos, es el que estuvo presente en Salamanca durante unos días. El otro, el permanente, el inconforme, el buscador del sepulcro de Don Quijote, anduvo por la España agredida, profanada y martirizada por los duques, los barberos y los canchales que hacían purla en el Caballero. Pensando en ellos escribió don Miguel estas palabras: "No oís a ese burro grave que abre la boca y dice: 'No oís hablar de paz, de una paz más mortal que la paz que se misma, a todos los miserables que viven presos de la mentira? No os dice nada ese terrible artículo, padrón de ignominia para nuestro pueblo, que figura en los reglamentos de casi todas las sociedades de retiro de España, y que dice: 'Se prohíben discusiones políticas y religiosas'?"

Los burros no entienden a Unamuno, pero lo sentencian. Es el honor que le debían, después de muerto, quienes le dieron coques cuando estaba vivo.

frido y están sufriendo en tierras de Francia y África los refugiados españoles. ¿Por qué, a título de que se cerraron para ellos las fronteras americanas? ¿A cuenta de las lacras morales que les atribula la propaganda franquista? Tal parece ser la razón principal. Pero en la América española es precisamente donde una propaganda semejante no debió tener validez. Porque la España que quiere representar el falangismo triunfante es la América que las armas de Alemania y de Italia—es, empuerada y envilecida, la España contra la cual levantó un día su espada Simón Bolívar. Y la España que una gran parte de América ha repudiado ahora—masas de hombres dolientes, perseguidos e insultados—es la España que dentro de España alentaba el pensamiento liberal que daría la independencia a las colonias. Los vínculos del idioma de la cultura y de la Historia debieron bastar para que ninguna República americana hubiera puesto trabas a la inmigración de los republicanos españoles. Prescindiendo incluso de razones de sentimiento para sus propios países, los gobiernos políticos, marchar dejaremos selladas amistades eternas, pero será mejor que guardemos olvido por quienes, en uno u otro lugar, se complacen en arrojarlos pedradas de lodo. A esa categoría pertenecen, por ejemplo, ciertos malos drines que desde las sentinas periodísticas—que no faltan en parte alguna—sacan la cabeza de cuando en cuando y nos llenan de improperios—señal de que no pudieran meter mano en el talego de los dineros—como si a ellos les deberíamos el beneficio de seguir viviendo. Jamás ha conocido América inmigración que mejor y a más alto precio haya pagado su hospedaje que la nuestra. Y lo digo en el sentido lato, y también literal de la palabra.

Francisco CATALAN.

ANIVERSARIO

MANUEL CORDERO

El día 25 de abril ha hecho un año que murió en Buenos Aires Manuel Cordero, el gran luchador a quien difícilmente podremos nunca echar en olvido. En la historia del Partido Socialista, y de la Unión General de Trabajadores ha dejado Manuel Cordero huellas imborrables que le hacen acreedor a nuestro recuerdo, pero también a nuestra gratitud.

Del equipo de propagandistas al servicio de nuestros dos organismos nacionales, Cordero ha sido uno de los más activos y eficaces. Envidiosos de su ejemplo, dio lecciones de voluntad y buen juicio. Demostró con su propia conducta como se sirven honestamente las ideas que se profesan. En fin, en el tuvo un acabado exponente aquella moral socialista que los primeros hombres de nuestro Partido le imprimieron al movimiento obrero.

Al cumplirse el primer aniversario de su muerte, reiteramos las palabras de duelo que entonces escribimos. Palabras de despedida a un viejo militante merecedor de nuestro cariño y nuestro respeto.

TIEMPO PRESENTE

MONSIEUR LE MINISTRE

En Europa desgranábamos la más indulgente de las sonrisas cuando leíamos a las agencias neoyorquinas, en sensacionales reportajes, revelando el descubrimiento de recordatorios absurdos o estadísticas escabrosas, para atribuirse todos los récords existentes y cuantos pudieran imaginarse. La influencia del ambiente nos ha hecho encallar en las mismas aficiones. Mañana, los patriotas que permanecen en España nos reconocerán con sólo observar nuestros gestos de asombro por la aparición del hombre que más veces se introdujo el dedo en el ojo o se engulló mayor cantidad de empaquetados.

Tal contagio se demuestra en el afán por colocar hitos en nuestros medios. Hemos llegado a establecer nueva marca: la del ministro que más viajero hizo el exilio. Francia, Suecia, Rusia, Japón, Norteamérica, México. Le quedan cinco días de viaje por completar la vuelta a la Tierra. Buena novela de aventuras para este título: "Recorrido del mundo sin subido".

El señor ministro ha realizado esfuerzos para colocarse en primer plano, ante las candelillas, sin importarle la geografía física ni la política. Hasta que, por fin, habló. Justa recompensa al héroe de tan trascendental romance que si aun no se ha escrito ya se escribirá, pues hay temas en abundancia desde que montó en un paralelo terrestre y subió y bajó por los meridianos mofándose de los climas.

Desde aquella malhadada idea del partido del Trabajo, que cayó entre

sus correligionarios como pedrada en un ojo, no habíamos tenido el placer de escuchar las modernas concepciones políticas del señor ministro, concebidas, para sombrero de quien se consideraba, en los países de Derecho. Aquello fue un parto largo pero fructífero. Inmediatamente se adhirieron a las novísima teoría seis almas en busca de redentor. Pensábamos que persistiría en su obsesión de remover todos los principios, pero hete aquí que nos encontramos ante el suceso de su adscripción—suele tener ésta diversas tonalidades—a una fracción con la que ayer anduvo a dentelladas. Adlós ilusiones... Adlós partido... Adlós reedición...

No hallamos explicación por el cambio de vía. ¿Quiénes y por qué le han convencido? ¿Qué genios lo incitaron? ¿Por qué se desentendieron de quienes permanecen inéditos en esta fecha. La realidad es que cuantos pensábamos aglutinarnos en el partido que empuñaba la lira en loor de la más pura y honesta razón de la existencia, liamos el desencanto. Sobre las espaldas del jefe máximo caerá la responsabilidad de que esos seis hombres, más los tres simpáticos—Pérez, Fernández y yo—se extravíen en el farrago de las multitudes, pasando su defraudación, para infundir de la patria.

Por boca de los seis bienintencionados me dirijo al señor ministro, al ex líder, para decirle: La esperanza de esos hombres la habéis quebrado con igual displicencia que un oficial zarista desmenzaba entre sus dedos la copa de cristal después de apurarlo. Confiaban en que vuestras adquisiciones y desorientaciones reposa-

EN FRANCIA

UNA PERSPECTIVA TRAGICA

Los recientes cambios operados en el Gobierno de Vichy, merced a los cuales alcanza papel preponderante ese siniestro personaje que se llama Pierre Laval, agudiza, tal vez con caracteres trágicos, la situación en que se encuentran los republicanos españoles refugiados en Francia y en África. Han sonado ya las primeras voces de alarma dando como probable que uno de los primeros actos del gobierno Laval consista en la entrega a Franco de todos los refugiados. Todavía nos resistimos a creer que tal monstruosidad sea posible. ¿A ese grado de envilecimiento ha descendido el país que fuera luminaria de Europa? Pero de nada sirve atormentarse con preguntas cuya respuesta, buena o mala, está sometida a una realidad en la que no han de influir para nada nuestras apelaciones desesperadas. El sentimiento de humanidad, el Derecho, el honor... Expresiones vacías a la hora presente. Por consecuencia, tanto más urgente es la acción común por socorrer la suerte de aquellos compatriotas sobre cuyas cabezas pende la amenaza de la venganza como rebajón conducido al matadero. ¡Ojalá lo comprendieran todos así! Porque cuando nosotros escribimos estas palabras que nos muerden el alma, una nueva campaña difamatoria, tan vil como injustificada, se ha emprendido en toda América contra el único organismo que se ocupa de los refugiados. Todos los rencores políticos, los odios personales, las ambiciones insatisfechas, las jerarquías inestimadas, las vanidades venidas a menos, se han dado cita en el propósito. Periódicos hay que publican complacientemente las desvergonzadas mentiras que unos pocos irresponsables propalan, por ejemplo, desde Santo Domingo, jugando por igual su servilismo y sus indecencias. En Santo Domingo hay extremado la J. A. R. E.—que puede ser tan discutida como se quiera, pero onrradamente—sus atenciones para deshacerse de un entuerto que heredara de un antecesor con cuyo nombre vociferan—sin mencionarlo—los difamadores. La J. A. R. E. administra, tal vez, con tacañería—algun día se harán cuentas—pero no es por ahí por donde se le pueden hacer reproches. El organismo antecesor, el que metió en Santo Domingo, preocupándose de su suerte, a los españoles que hoy se encuentran allí—atendidos aún por la J. A. R. E.—prefirió, primero, no aducir nada en ningún modo, y luego, guardarse los patatacos. A los refugiados podía matarlos un mal rayo. Así se evitan complicaciones. Y después de todo, ya se ve que nunca faltan quienes condenan no al que, teniendo, no da nada, sino al que, teniendo, lo va dando. El interés auténtico de los refugiados cuenta poco. Para los tales es un tema sordido de encono político. Nada más.

Nada nos ata a la J. A. R. E., como no sean el deber y la justicia. A los refugiados españoles—y sobre todo a los que se hallan en Francia y África—que están por encima de toda clase de miserables disputas, si. Por ellos hablamos. Calle el rencor y acostumbrense al sacrificio los que han querido hacer del destierro una especie de vacaciones pagadas. Ayuden con su discreción, cuando menos. En Francia y África padecen millares de compatriotas amenazados de trágicas contingencias. Hagan por ellos ahora lo que no han sabido hacer hasta hoy: ponerse freno, cosa difícil—lo comprendemos—para quienes se han acostumbrado al ejercicio del escándalo. Mas, así y todo, ¿no entenderán que estamos en ocasión de un buen silencio?

UN NUEVO COLABORADOR

PERICO EL CIEGO

Allá en la tercera década del siglo pasado discurría por la capital de España un tipo cuya silueta guardo hoy memoria. Llegó a ser figura muy conocida, sobre todo en los llamados barrios bajos madrileños, pues con las mujeres y los chavales y aun entre muchos ciudadanos—especialmente aquellos que en sus horas de ocio se dan un paseo por las calles de la Libertad—tenía gran afluencia de nuestro hombre. Aunque no carecía en absoluto del sentido de la vista, tenía en este órgano gran dificultad, que le hacía válido el sobrenombre o apodo que que era generalmente conocido: Perico el Ciego. Tipo vulgar, el pelo hirsuto de su cara daba un tono de ironía al rictus de su boca, y el mirar moribundo de sus ojos recogía una expresión filosófica digna del cínico Diógenes.

Como decimos, Perico, entre buena parte del pueblo tenía ambiente, prestancia, por sus ocurrencias llenas de gracia pícarca y popular. Cuando todos los días salía a la calle con su vieja guitarra—porque debíamos tenerlo a escuchar—era honradamente conocido como coplero—y se situaba, ya en los bajos de Lavapiés, bien en los altos de Antón Martín, ora en la Puerta del Sol o en el cruce del Príncipe y la Carrera, el público acudía con respetuoso oír a escuchar sus canciones. Siempre eran muy celebradas, aunque en la lira de su inspiración sólo había una cuerda: la de la invasión francesa; pero cada una de sus coplas producía honda satisfacción y pleno orgullo para el sentimiento popular madrileño.

En una ocasión, como alguien le acusara de injusto, de parcial, ya que en todas sus coplas, de manera absoluta y pertinaz, Perico resaltaba el triunfo de los españoles, sin que jamás aparezca la francesa ganando una sola batalla, ni un mero episodio de la batalla en ninguna ocasión, durante la larga lucha de la invasión, Perico, con toda la seriedad filosófica que constituía su característica personal, replicó a su interlocutor: "¿Y o cree que nuestros enemigos ganaron batallas, y muchas; en numerosas ocasiones nos vencieron y dominaron con tremendas palizas. Pero eso no va a mi cuenta ni es de mi obligación. En París debe haber otro Perico y es a él a quien corresponde cantar cuántas veces nos pagaron los franceses. Estaría bueno que también hubiera ello de correr a cargo mío! ¡Eso que te lo cuente el Perico de París!"

Y con un ¡muera los gachavoch!, estribillo popular de aquellos días, se disolvió el coro con un nuevo trunfo del castizo coplero madrileño.

En estos días tristes del exilio nuestro espíritu suele concentrarse y en tales momentos de meditación, en que se reuelven pensamientos y recuerdos, aparece el episodio, la anécdota, hasta la faccía, acaecidos en la larca caminata por la carretera de nuestra vida.

De entre estos recuerdos, me atraen de coplas intrascendentes, iremos extrayendo algunos, y al igual que la inspiración de Perico sólo tenía una cuerda—la que era de la independencia—, nuestra lira también tendrá únicamente un "leit-motiv": el estudio de la clase trabajadora española para crearse una fuerza emancipadora. A este propósito, de cuando en cuando, procuraremos traer a la memoria de nuestros lectores algún hecho de lo que en nuestra España querida ocurrió hace más o menos años.

¡Que los manes de Perico el Ciego nos protejan!

El Partido Socialista Cubano prepara su primer Congreso

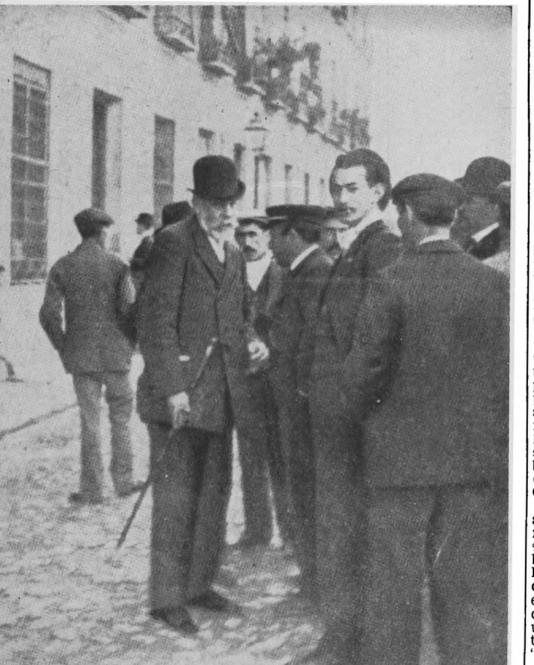
El Comité Ejecutivo del Partido Socialista Cubano ha hecho público su acuerdo de celebrar en octubre su primer Congreso. La nota oficial, inserta en el último número de "Acción Socialista", dice así:

"El Comité Ejecutivo Nacional del PSC, en reunión recientemente celebrada en esta capital, ha acordado organizar y convocar un Congreso Socialista capaz de reunir en su seno a todas las agrupaciones, sindicatos, instituciones profesionales y culturales, personas interesadas en el ideal socialista en nuestro país, para fortalecer una actividad de este tipo, basada dentro del instrumento legal que para ello ofrece el Partido Socialista Cubano.

Para esta finalidad se ha designado un nutrido Comité que radica en esta ciudad, en las Oficinas del Partido, y que está ya planeando su intensa labor.

A este Primer Congreso Socialista Cubano serán invitados también los representantes de los Partidos Socialistas de todos los países de América y será posible que aprovechando esta reunión internacional, se plantee también en nuestra capital la de la creación de la Central Socialista Continental, iniciativa de los compañeros ecuatorianos que estamos divulgando, y a la cual nos consideramos ya adheridos."

DE OTROS TIEMPOS



Madrid.—Elecciones municipales en mayo de 1909. Pablo Iglesias recorriendo los colegios electorales del distrito de la Inclusa.